



Apostar por el piloto universitario

Periódicamente nos sorprende el anuncio de alguna fórmula de formación de pilotos cuando menos original y a priori siempre atractiva, flexible y con garantías de contratación. Se trata de propuestas acordes a la normativa y a los parámetros mínimos de formación establecidos, pero lejos de los principios de excelencia y exigencia que nuestra profesión y los privilegios de nuestra licencia requieren.

En la década de los 90 un grupo de pilotos españoles vio claramente la necesidad de llevar la formación de los pilotos al mundo universitario. Era y es la vía de dar consistencia y solidez a nuestro ejercicio profesional, a nuestra toma de decisiones y al carácter facultativo de las mismas. Esa apuesta por la formación universitaria se completó con la creación de un colegio profesional que vela por el correcto desempeño de los pilotos en favor de la seguridad y la eficiencia de las operaciones y de los usuarios del transporte aéreo y por el cumplimiento de la deontología profesional, entre otras funciones.

La degradación de la licencia, del ejercicio profesional y de las competencias que se nos atribuyen sólo se puede compensar y combatir subiendo el listón, tomando las riendas de la profesión y poniendo en valor el criterio de los pilotos, criterio conformado por la suma de formación de calidad y experiencia.

Los pilotos españoles, a través del COPAC, hemos sido pioneros en la creación de un título universitario oficial que nos sitúa al nivel de otras profesiones desde el punto

de vista académico y refuerza nuestra base de conocimientos a nivel profesional. El modelo universitario por el que apostó este Colegio desde sus orígenes no sólo es una realidad con grandes resultados, sino que debe ser un modelo exportable a otros países; y debe ser el modelo de referencia para todas aquellas compañías que apuesten por la profesionalidad, la calidad y el criterio. El sistema deja fuera a quienes no tienen un nivel académico superior y los futuros pilotos han de ser una pieza relevante del transporte aéreo.

Las malas consecuencias de algunas decisiones en la aviación se han visto pasados unos años. Si el factor humano es tan importante en esta industria, apostemos por él, cuidémoslo, dando valor a su criterio y experiencia. Apostar por el piloto universitario es subir el listón de una profesión que no admite experimentos, ni atajos, ni fórmulas creativas que ya hemos visto en el pasado y cuyos resultados son cuestionables.

No puedo terminar estas líneas sin destacar el gran trabajo de los pilotos de Trabajos Aéreos, y en concreto de aquellos dedicados a la lucha contra incendios, que un verano más, una campaña más, nos dan una lección de servicio público, entrega, esfuerzo, compromiso y profesionalidad. Los aplausos espontáneos de los ciudadanos en Gran Canaria y en otros lugares afectados por el fuego son un merecido reconocimiento a un trabajo de un valor incalculable que tiene toda mi admiración y respeto. •